

MONSEÑOR CARRASQUILLA

El varón ilustre cuya vida fue en la historia de la República prolongación feliz de una edad procera, por mil títulos superior a la nuestra, ha bajado al sepulcro en medio del dolor de todos aquellos que conocieron y amaron en el decurso de su existencia las altísimas cualidades de su espíritu, nutrido con la savia de cien generaciones de hidalgos.

Por dilatado espacio sus labios fueron cátedra de sabiduría dispuesta siempre a señalar rumbos ciertos a la juventud estudiosa a quien él mismo llamó «orgullo y esperanza de la patria»; al cerrar sus ojos a la luz perecedera, los abre a los esplendores de aquella otra luz que columbró el cisne de Florencia en sus visiones inmortales y el filósofo en las grandes horas que vivió su inmaculado pensamiento.

Monseñor Rafael María Carrasquilla cuya nobilísima persona cifraba una de las más puras glorias del país que lo tuvo por suyo, al consagrar su vida al magisterio supo cuán magna empresa tomaba entre los manos. Llamado, por designio providencial, a formar varias generaciones de hombres ilustres, acogió las labores a que lo impulsaban con apremio sus poderosas facultades y puso a su servicio cuanto constituía su haber físico y su invaluable patrimonio intelectual.

Pocas vidas que se presenten con tan brillantes títulos a la admiración de la posteridad, como la de este insigne prelado, cuyos pasos tuvieron siempre por norte el engrandecimiento de la Patria amasada en siglo heroico con la propia sangre de los antepasados de memoria imperecedera y a la que él se halló vinculado por los más nobles lazos del alma. Amó a Colombia con amor sin límites, como el que le habían profesado los libertadores y contribuyó con su portentoso prestigio a darle

las características de que se enorgullece en el concierto de las naciones hispanoamericanas.

Concibió la filosofía, no como entretenimiento especulativo, sino como inclinación del hombre a elevados fines, propicios a su perfeccionamiento en el orden de las cosas físicas. Su mente preclara rindió vasallaje a la escuela filosófica a que dieron realce algunos de los más poderosos cerebros contemporáneos. Y tocóle en suerte al maestro eximio enaltecer, con severos comentarios, difíciles cuestiones, y participar en la grande obra de su restauración.

La publicación de sus *Lecciones de Metafísica y Ética* constituyó uno de los más grandes placeres de su existencia austera. Del diario pensar y de la diaria fatiga salió ese libro que compendió lo mejor de sus elucidaciones. Era el maestro y presentó como tal sus conceptos, persuadido de que la verdad hablaba por su boca. Como expositor obtuvo el reconocimiento de los amantes de las cosas del espíritu, pues sabía expresar con claridad perfecta las más difíciles cuestiones ideológicas.

De su ilustre personalidad puede decirse, como se afirmó de uno de nuestros mayores humanistas, que no se hundió sola, sino que lleva tras sí mucho de lo grande y glorioso de la nacionalidad, de manera que su pérdida significa el desaparecer de tradiciones que formaron el hogar de los próceres y la herencia de los primeros elementos civiles de la República de Nariño y de Joaquín Mosquera.

En su pluma prodigiosa, rota ya para siempre, brillaron los fulgores del sol castellano y se quebraron sus irisaciones vivificantes que fueron «ideal purísimo en Cervantes Saavedra, elación mística en Luis de Granada, poesía en San Juan de la Cruz, fecundidad en Lope de Vega, armonía en Teresa de Jesús, sueño de

sueños en Calderón de la Barca». Y aquel cerebro que fue cuanto es un mundo y encerró cuanto en un mundo se encierra, al rodar para la muerte «asciende para la Inmortalidad».

Duro es pensar que la desaparición de hombres como Monseñor Carrasquilla sea de aquellas que no es dado reparar a un pueblo. El siglo XIX nos dejó un legado de valor inestimable en cerebros como este, que comprendieron, mejor que los de la generación actual, los problemas que nos agobian, y hallaron en la austeridad y el sacrificio el mejor de los recursos para dominar las grandes vicisitudes de la vida, y la primera de las medicinas para las supremas enfermedades sociales.

Cuanto ha sido de luengos años a esta parte el pensamiento colombiano tuvo su origen en la cátedra regentada por él, vidente que murió soñando días mejores para su Patria. Múltiple en su adhesión a ella, de cada uno de sus discípulos quiso formar un verdadero colombiano que comprendiera sus necesidades y hallara la eficaz manera de satisfacerlas. Quizás le invadiera la tristeza al meditar en tantos escollos como debe salvar, antes de poseer el anhelado término, la nave de la República, de aquella República que amaron sus abuelos, ilustraron sus padres y fue la síntesis generosa de su sangre.

Monseñor Carrasquilla ha muerto con la gloria que cabe al que en sus luchas ha merecido que el adversario le presente las armas. En sus labios la enseñanza del doctor de Aquino adquirió tal prestigio que ninguno de sus impugnadores fue osado jamás a desconocer su grandeza. Para los hijos de su filosofía tuvo la aureola que ostentara el Cardenal Mercier, y para quienes no lo fueron señaló con el penacho blanco de su sabiduría el sitio en donde se libraba lo más reñido del combate.

Su elocuencia portentosa guardaba proporción con la magnificencia de los conceptos. Todos recuerdan con emoción el vuelo majestuoso de sus palabras que ora encendía en el fuego de su corazón, ora presentaba revestidas de la serena majestad que caracterizaba sus actos. Muerto Carrasquilla, se ha cerrado el ciclo admirable a que perteneció, junto con el doctor Carlos Cortés Lee, en el que ambos dejaron lo mejor de sus almas en homenaje a las ideas religiosas de que fueron ministros.

Monseñor Carrasquilla ha dejado un ejemplo que compendia de modo feliz la extraordinaria grandeza de lo que fue. Heredero de sus raras virtudes cívicas, todo lo que fue suyo lo dio a su propio suelo, sin reservar para sí cosa alguna; cuanto fueron su cerebro y su corazón lo ofrendó ante el altar de la Patria. Así, al descender, solo con sus merecimientos, a la oscuridad del sepulcro, el tricolor nacional dará la sombra postrera a sus gloriosos huesos de patricio, y la Bordadita, a quien tanto amó, velará su sueño, en la suprema simbolización de la República.

M. J. F.

LA PATRIA DE COLON

Por el Rvdo. Padre doctor Fritz Streicher, S. J. (Munich).

Cuanto más se profundiza en el estudio histórico de los comienzos del descubrimiento de América, tanto más enojosa es la impresión producida por lo deficiente de nuestros conocimientos sobre aquel acontecimiento; pues todo parece haber contribuido a rodear de impenetrable oscuridad uno de los hechos más fecundos del principio de la Edad Moderna. La dificultad de una representación objetiva de los primeros tiempos de la vida